



Samuel Logan Brengle

Desde que “Ecos de Santidad” empezó su ministerio, nuestros lectores han saboreado muchos de los edificantes mensajes de Samuel Logan Brengle. Para que conozcan mejor al autor de ellos, aquí presentamos su foto. El traje con lo cual él viste es del Ejército de la Salvación a la cual él pertenecía. La “S” simboliza “Salvación”, y es la primera letra del nombre del Ejército en inglés. Hermano Samuel sirvió a la Iglesia de Cristo durante más de 50 años de su vida, y muerto, aun habla por los mensajes escritos que le han sobrevivido.

Textos que me han Servido de Bendición

Hace cuarenta y siete años cuando yo era cadete en el Instituto Internacional Preparatorio del Ejército de Salvación, había entre el personal, un joven oficial que antes de su conversión había llevado una vida borrascosa, de abandono a los vicios. Llevaba poco tiempo de ser convertido, cuando brotó la guerra y, siendo él de la reserva militar, le tocaba presentarse para el servicio. No tenía Biblia, y pudo acordarse de una sola promesa: “Bástate mi gracia” (2 de Corintios 12:9).

En todas las tentaciones que le asaltaban, en todos sus peligros, y en todas horas de soledad espiritual, era a través de este texto que pudo alzar la vista hacia Dios y reclamar los recursos celestiales para sus necesidades terrestres. Jamás quedó frustrado. Sus necesidades fueron suplidas. Dios nunca le faltó.

¡Dichoso el hombre que goza de una promesa! Sin embargo ¡cuán pobre era él! Era como un ejército cercado a quien le quedaba abierta una sola línea de comunicación; era como una ciudad que contaba con un solo acueducto para su agua o un solo dinamo eléctrico para su luz; era como un cuarto con una sola ventana, o una casa con una sola puerta; como un carro que funciona con un cilindro; o como un hombre que cuenta con un solo pulmón. Una sola estrella brillaba en su cielo.

Recuerdo muy bien cuán claramente comprendí su pobreza. Él no era alma alegre. No era ser radiante. Su rostro no resplandecía. Carecí de la luz solar. Ciertamente me regocijaba de saber que estaba vivo espiritualmente, pero ¡Cuán pobre era su vida! Era como rana humana en las profundidades del mar, cuya única fuente de oxígeno es una pequeña manguera, en vez de ser como aquellos que se hallaban en la superficie, bañados de vientos, alegrados por la estrella que centellaba y bailaba sobre su cabeza, iluminados con la gloria de los días completamente despejados.

Cuando a mí me preguntan cuál es mi promesa favorita, me da risa. No es solo texto sino la Biblia entera que me bendice, que me da seguridad, me amonesta, me corrige y me consuela. Son centenares de promesas que me hablan. Nunca sé cuando una de ellas – tal vez una que no he contemplado durante varios días o aún meses – de repente se me presenta, me saluda, me habla con ternura, con consuelo, con autoridad o seriedad; que me habla como si Dios mismo me estuviera hablando cara a cara.

Los antiguos héroes de la cruz sin Biblia, “por la fe alcanzaron promesas”, pero nosotros tenemos, o fácilmente podemos conseguir, una Biblia que abunda con promesas que se encuentran en casi cada página. Pero tengamos presente que nuestros ojos no las verán, nuestra mente no las comprenderá en nuestro corazón no recibirá fuerza y consolación de parte de ellos si no tenemos fe. El hombre que pasea por la Biblia sin fe, es como los colonos naturales de África austral quienes anduvieron los campos africanos llenos de diamantes, inconscientes de las riquezas inmensurables que habían debajo de sus pies.

Al decir que me da risa cuando se me pregunta, cuál es mi promesa favorita y les respondo que es la Biblia entera que me bendice, no quiero decir que no hay una sola promesa que se me presenta, sino que son muchas las que me son de bendición y que suplen mis necesidades diarias. Yo soy como el padre cuyo hogar está lleno de amables y cariñosos hijos, cada uno de los cuales le está tan querido que él no es capaz de decir cuál de ellas ama él más o cuál de ellos es más indispensable para su felicidad.

Mis necesidades espirituales son múltiples y hay una promesa que se ajusta tan exactamente a cada necesidad como la llave Yale que se ajusta a la chapa Yale; como el guante que viene perfectamente a la mano; como la luz que responde a mi ojo y la música a mi oído, como la rica comida que está exactamente de acuerdo con mi gusto, y como el aroma de las rosas que sacia mi olfato; como el amor de mis amados y la fidelidad de mis amigos que pide el hambre de mi corazón.

Durante tres o cuatro años me había dado cuenta que tarde o temprano tendría que esforzarme valientemente por conseguir u obtener la bendición de un corazón limpio si yo lograría tener el poder del Espíritu Santo en mi vida y lograría ver a Dios algún día en paz. Por fin comencé a buscarla en serio, y durante tres o cuatro semanas me iba aumentando el hambre de conseguir esta bendición. Había dos cosas que me confrontaban, cosas que sentí imposibles cumplir, pero el yo tenía que ser crucificado. El camino de la fe me fue escondido simplemente porque tardaba en acercarme por el camino de la obediencia de todo corazón.

Pero Dios me era fiel. No me dejó, sino aumentó la convicción hasta sentirme en agonía. Por fin, como a las nueve de la mañana del viernes, 9 de enero de 1885 no pude aguantar más. Mi corazón se quebrantó y yo me di por vencido. Entonces instantáneamente se me fue dicho en el corazón este texto: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 de Juan 1:9). La última parte del texto me era una revelación: “Limpiarnos de toda maldad” – “¡toda maldad!”

Agaché la cabeza y dije, “Padre, eso creo,” e instantáneamente una paz que sobrepasa todo entendimiento, inundó mi alma, y yo sabía que era limpio. “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me había librado de la ley de pecado y de la muerte” (Romanos 8:2). ¡Aleluya!

Dos días más tarde prediqué sobre la bendición y testifiqué de haberla alcanzado. Pero tenía pena de echarla a perder. Entonces el Señor me habló en las palabras de Jesús a Marta que lloraba la muerte de su hermano Lázaro: “Yo soy la resurrección y la vida: él que cree en mí, aunque fuere muerto, vivirá: y él que cree en mí no morirá eternamente” (Juan 11:25,26).

Otra vez creí, y en aquel momento Cristo me fue revelado tan claro como se le fue revelado a Pablo en el camino hacia Damasco. Me deshice en lágrimas, y amé a mi Señor de tal modo que jamás soñaba ser posible. Desde aquella fecha, vez tras vez he exclamado con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Y vez tras vez he vuelto a decir con Pablo: “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Filipenses 3:7,8).

Después, cuando temí poder caer los dos textos siguientes me dieron nueva seguridad: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:10); y “aquel es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24).

Después se me presentó como tentación el pensamiento que al paso que me iba envejeciendo, la luz menguaría y el fuego de mi alma se me apagaría. Pero otros textos me vinieron con fuerza y seguridad consoladora a mi corazón: “Hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré” (Isaías 46:4). “El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán; estarán vigoroso y verdes” (Salmos 92:12,14).

Comprendí que no me tocaba temer ni desmayar delante de cualquier problema o dificultad, sino simplemente confiar en el Señor. Y no había porque estar vacilante como muchos lo son, sino de una vez ser “plantado en la casa del Señor”.

Cuando me ha tocado visitar tierras lejanas, estar entre desconocidos, y lidiar batallas en países distantes, esta promesa me ha consolado y me ha fortalecido: “Mi presencia irá contigo, y te daré descanso (Éxodo 33:14). Y al sentirme insuficiente delante de tareas grandes y difíciles, me ha impartido nueva seguridad la promesa: “¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Ahora pues, vé, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxodo 4:11, 12).

Estas son unas cuantas de la multitud de promesas preciosísimas por cuyo medio el Señor durante los años, ha hablado a mi mente y corazón, retando mi fe, mi amor, y mi devoción completa.

Son el gozo y la alegría de mi corazón, mi herencia de parte del Señor, una lámpara a mis pies, una lumbrera a mi camino, una espada con que puedo acabar las acusaciones, dudas y temores con que Satanás siempre está listo para asaltarme.

¡Aleluya!